

LA FE CRISTIANA EN EL ARTE.
EXPRESIÓN DE LA BELLEZA DE LA FE

JAVIER MORALES
FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO
MADRID

I. LA BELLEZA COMO EXPRESIÓN DE LA FE

En realidad si para escribir estas reflexiones suprimiéramos la primera parte del título, “La fe cristiana en el arte”, la segunda por sí sola nos pondría ante una afirmación tan verdadera como intercambiable con cualquier fe religiosa: “expresión de la belleza de la fe”. Evidentemente, la frase “la fe cristiana en el arte”, condiciona el sentido del título, ya que acota la extensión de su significado exclusivamente a la fe cristiana. Pero antes de entrar en este tema, analicemos brevemente los condicionantes culturales del fenómeno humano del binomio belleza-fe.

Tomada esta segunda frase del título en su amplio sentido antropológico-religioso, nos enfrenta necesariamente a las raíces religiosas del hombre que, cuando quieren expresarse, se expresan necesariamente a través de la belleza sea cual sea el contenido objetivo o formal de su fe y sea cual sea la época histórica y la cultura a la que pertenezca. O, dicho de otra manera, las raíces religiosas del hombre se expresan necesariamente creando la belleza. El dato empírico del análisis histórico nos indica que esto ha constituido una constante invariable en la historia de las culturas humanas. Y, por supuesto, en el nacimiento del arte y de cuanto pensamiento éste encierra.

Así ha ocurrido en todas las culturas, desde las pirámides y templos egipcios, babilónicos o aztecas, que todavía hoy nos asombran, hasta las humildes y bellísimas puertas que cierran

los graneros de la cultura dogona sobre el borde sur del Sáhara en Mali. Puertas talladas con imágenes que resumen y expresan su conciencia vital humana y su vida religiosa que constituyen su ética y la norma de sus comportamientos sociales o individuales. Estas puertas talladas unifican simbólicamente el carácter sagrado de la vida y se convierten en su espejo y en el de sus realidades y exigencias profundas.

Efectivamente, esto es lo que ha ocurrido en todas las culturas conocidas y constituye un fenómeno tan evidente y vital como misterioso. Misterioso en el sentido de que el fondo inabarcable y oscuro de la conciencia humana enfrentada al misterio de vivir, se ilumina y necesita la fe religiosa para intentar comprenderse adecuadamente. De otro modo, la comprensión de sí mismo quedaría mutilada contrariando su propia naturaleza.

El hecho religioso nace de la propia naturaleza humana y de su conciencia reflexiva de sentirse vivo. Y para poder expresar este fenómeno de su conciencia vital, crea las formas bellas, un nuevo modo de expresión que le sobrepasa como individuo y que, al mismo tiempo, le incorpora a la colectividad de un modo tan sólido como es la fe religiosa compartida. Se comparte la belleza, porque se comparte la fe. Y se crea la belleza, porque se recibe y se acepta la fe.

La fe en el sentido de creer en uno mismo y en el misterio que somos. En este sentido, todos los hombres creemos en lo que no vemos. Creemos en nosotros mismos, pero no acabamos de ver nuestra profundidad radical por la sencilla razón de que la vida no nos la hemos dado, sino que la hemos recibido. El sentido de la fe es tan natural en el hombre como el sentido de la belleza, único lenguaje por el que somos conscientes de nuestro misterio sin el que no podríamos vivir. Y la vitalidad de esta fe es la que codifica nuestra conducta, constituye el nacimiento de la ética y la percepción insobornable del bien y del mal, el sentido de dependencia ante la conciencia personal que exige la armonía de nuestra conducta que necesariamente identificamos con nuestro destino. Por eso la característica esencial de la belleza es la armonía.

Y una vez recibida la vida, esta sólo tiene sentido si la existencia tiene continuidad. Porque la esencia de la vida consciente desde la más lejana prehistoria es la inmortalidad, la secreta

ansiedad de continuar sin la que la vida resultaría un absurdo insoportable y cruel. Esto fue lo primero que escribió el hombre cuando descubrió la escritura y codificó su pensamiento. Poema de Gilgamesh, sobre el 3000 antes de Cristo. Un bellissimo poema y la primera reflexión metafísica conocida, creador de innumerables obras de arte y sin el que no se entiende Homero ni los cimientos de la civilización occidental. Por eso se levantaron zigurats y pirámides y apareció la armonía social de las ciudades. Un fenómeno unido necesariamente a la ley civilizadora y a los cimientos del derecho como fue el código de Hammurabi. La fe lo hizo todo. La civilización, cualquier civilización o cultura, hunde sus raíces sobre la fe y su manifestación siempre ha sido religiosa. Y su lenguaje ha sido la belleza.

Por otro lado, la belleza es un concepto extraordinariamente amplio. Lo que llamamos “artes plásticas” forma una necesaria unidad con la música, la danza, el canto, el teatro, las liturgias, la literatura, incluso con la filosofía. Y me atrevería a decir que principalmente con la filosofía. Entendida ésta como el análisis racional del sentido de la vida y una reflexión sobre sus manifestaciones. Todo ello es expresión de una fe que se expresa creando la belleza y manifestándose en ella. La belleza de las formas plásticas forma una unidad con la belleza de la palabra escrita o hablada y con el pensamiento. Y en esto nos hermanamos todos los hombres de todas las latitudes geográficas y cronológicas.

El que posteriormente pueda haber creación de belleza que no exprese de modo directo una fe religiosa, es otra realidad antropológica que no puede negar el origen cultural de la belleza como la creación más compleja y misteriosa de la mente humana, siempre creando formas nuevas y siempre insatisfecha. Toda creación artística, al igual que toda manifestación de la inteligencia del hombre, participa del mismo fondo y magma interno, propio de su condición humana. Y busca la expresión de lo que está más allá de lo comprensible o cuantificable de modo inmediato.

No hay creación sin fe en algo más allá del “sí mismo humano”, siempre misterioso y cambiante en su imán atractivo, siempre velado y, por lo tanto, llamando a descubrir un último horizonte tan huidizo como fértil. Siempre adentrándose en el camino de la creación de formas expresivas nuevas, que le im-

pele a recoger las ansiedades de su existir y le llama de modo incansable para adentrarse en su misterio, lleno de una vitalidad inacabable: es la llamada de su destino.

Ya el mundo griego del siglo VI-V a.C., la cultura más inteligente que ha existido nunca, lo definió de muchas maneras. En lo que llamamos la Grecia clásica todo es pensamiento, conciencia. Desde los poemas homéricos hasta el taller de Fidias en el Partenón. Desde las Academias o el ágora hasta el anfiteatro de Epidauro para la sanación a través de la palabra. Desde las artes escénicas de Edipo Rey o los juegos de Delfos en las fiestas píticas en honor a la serpiente Pitón. Otra cosa muy distinta es que ahora debamos traducir sus lenguajes culturales para no caer en la caricatura que deshumaniza el pensamiento. Grecia tradujo plásticamente este fenómeno de la conciencia a la Isis velada, la fecundidad que no se agota entregando y alimentando la vida, sino que se oculta en su misterio vital, que es el misterio de cada ser humano consciente. Un misterio que llama y guía hacia un punto final que no puede llegar nunca. Entre otras formas de veneración religiosa al misterio esperanzado de la existencia, habría que recordar los cultos de Eleusis que fueron, quizá, la expresión más depurada y limpia de la conciencia reflexiva e iluminada del hombre antes del Cristianismo.

Dando un paso más hacia lo profundo y complejo del origen de la belleza en relación con la conciencia del hombre que no puede dejar de creer en el misterio en el que él mismo consiste, podríamos decir que la belleza es la expresión simbólica de lo que el hombre no puede expresar de un modo directo y total. Toda belleza sería así un símbolo, una metáfora, un poema a través del cual, la conciencia vital del hombre intenta ver reflejada su intimidad inasequible. Este símbolo es el que se hace mármol, bronce, piedra, palabra, imagen pintada, acción, disfraz, para lograr expresar y comprender esos planos profundos de la conciencia que el hombre nunca podrá asir sin destruirlos, sin que se desvanezcan. En parte éste es también el lenguaje y los significados eternos de Orfeo y Eurídice.

Este fenómeno surgió cuando dentro del cerebro humano, encerrado en la oscuridad de su cráneo, apareció por primera vez la luz de la primera palabra articulada, el primer símbolo expresivo del yo profundo e incommunicable. En la comunicación

hablada, o pintada en las paredes de la roca protectora, fue cuando empezó a encontrarse a sí mismo, rompiendo su mutismo y compartiendo la soledad de su misterio y creando la comunidad realmente humana. Se había creado la belleza. Este fascinante mundo de la comunicación –que llamamos inteligencia– iluminó la conciencia individual. Porque el milagro de comunicar la palabra interior hace patente la conciencia personal al comunicarse con los que pueden responderle con la misma palabra. Pero la fascinación del descubrimiento socializó el misterio insondable de no poder llegar a los límites de la propia conciencia. Unos límites que son inexpresables por su propia naturaleza. Y entonces surge la fe religiosa –toda fe religiosa– como razón de ser de esta conciencia individual, que le conecta con una comunidad de iguales en la búsqueda de los orígenes y del destino final de sus vidas. Un destino que siempre será tanto individual como colectivo.

Aquí aparece ese punto de encuentro donde se constituye la comunidad formada por las otras conciencias individuales pero que están dotadas de similar palabra inteligente. Y para expresar esta fe, que es al mismo tiempo una realidad individual y social, el artista crea esa otra palabra distinta que llamamos belleza, que es un concepto colectivo por su propia naturaleza. La obra de arte o el poema, son productos de una conciencia individual y concreta que es la del autor que la hace o la escribe. Pero que tiene la virtualidad de hacer surgir en los demás esa misma palabra interior iluminadora, distinta para cada individuo pero que le hace vibrar en la misma onda acompañada. La fascinación inexplicable que suscita el fenómeno de la belleza, reside precisamente ahí. En la fascinación del existir consciente que se expresa más allá de sí mismo y comunica ese mismo sentimiento al resto de la colectividad. La belleza es inteligencia, porque es la palabra humana que expresa su más honda realidad y la comunica. Sólo el hombre es creador consciente de la belleza. Y sólo el hombre es descubridor y gozador de la belleza. Y solo los hombres forman comunidad vital alrededor de la belleza.

Por eso la belleza es creación de uno solo, pero pertenece a todos. Y cada uno de los que perciben y vibran al contemplar o participar de la belleza de una liturgia, un canto, un escenario, una obra de arte, se convierte en creador de su propia palabra

interior inteligente que nace dentro de él de una manera tan natural como incontenible. Una palabra que es suya pero que le ha sido dada. Como su propia existencia cuando es engendrado y nace. Y en eso consiste la participación cuando es convocado para compartir la belleza. Porque con ella, comparte la vida.

Esta participación hace que en cada individualidad surja un mundo nuevo que le lleva más allá de sí mismo. La contemplación de la belleza es siempre una meditación en los planos profundos de la conciencia personal y nos asoma al abismo fascinante de nosotros mismos. La belleza es un camino dinámico, activo, siempre hacia el interior de uno mismo y que nos saca hacia nuestro propio más allá. Por eso la describimos como un elevarse, un levitar, o como un torbellino. A veces puede ser engañoso, como todo lo humano. Pero el fenómeno y su realidad están ahí.

El fondo antropológico de cuanto llevamos dicho nos lleva a la conclusión de que, sin perder su verdad individual y concreta, el hombre se constituye como metáfora y como símbolo de sí mismo que encuentra su acertada expresión en este lenguaje nuevo que llamamos belleza. Esta resulta ser, por lo tanto, metáfora y símbolo de su persona interior donde reside su conciencia de existir, la gran desconocida. Pero, al mismo tiempo, el lenguaje de la belleza es un lenguaje colectivo del que pueden participar todos y ayuda a formar la gran comunidad atraída por la búsqueda de su identidad. Los griegos lo definieron con la palabra *ek-kaleo*, llamar, convocar, y con la palabra *ekklesía*, asamblea del pueblo y comunidad de los fieles.

II. LA FE CRISTIANA EN EL ARTE

Quizá la palabra más importante y repetida de la Biblia, desde el punto de vista que venimos comentando, sea el verbo “decir”, “hablar” y el propio sustantivo “palabra”. No hace falta buscar mucho: “Dios dijo...”, “el ángel habló...”, “María guardaba las palabras en su corazón...”, “Jesús dando una gran voz...” El núcleo de la fe cristiana se resume en “el Verbo de Dios se hizo hombre...” Y en nuestra liturgia, las lecturas se cierran con un expresivo “palabra de Dios”. En paralelo con nuestra

naturaleza y lenguaje humanos, el lenguaje de la revelación no sustituye a nuestro hablar humano. Sino que, más bien, este ha sido creado como el molde misterioso donde puede reflejarse la otra palabra creadora por su propia naturaleza, la palabra de Dios que aparece en el primer lenguaje del Génesis. En este sentido, el misterio de la conciencia humana, que encuentra su mejor expresión en la palabra callada y simbólica de la belleza comunicativa, es un reflejo y desarrollo de la palabra divina. Es el gran misterio, la gran verdad y la belleza de nuestra fe y, consecuentemente, de su expresión a través del arte.

Durante los primeros trescientos años del cristianismo, la comunidad cristiana que conocemos como la comunidad de las catacumbas, elaboró de manera tan natural como clara e inequívoca, su estructura teológica y su estructura eclesial. Una estructura que yo definiría como misionera, es decir adaptada a su misión en este mundo que, a los efectos de estas reflexiones, se podría resumir como la misión de la palabra de Jesús, es decir, de su conciencia y de su realidad profunda esencialmente comunicativa que llama a la participación vital a través de su iglesia. Desde sus primeros pasos en la Roma del s. I, la comunidad cristiana utilizó las mismas imágenes habituales en su entorno cultural, aunque los primeros testimonios conservados datan de finales del s. I o comienzos del s. II.

Es decir, la nueva fe no introdujo una nueva estética, no inventó un arte nuevo, sino que siguió utilizando los grafismos y los estilos del entorno –o sus combinaciones y variaciones –, pero con significados totalmente nuevos y revolucionarios de las conciencias que, además, estuvieron avalados por el testimonio elocuente de sus vidas.

Esto tiene una gran importancia significativa: La conciencia humana y su sentido vital sufrió una transformación radical cuando entró en contacto y participó de la palabra de Jesús. Esta transformación no lo fue de las formas del lenguaje del arte, sino de sus contenidos interpretativos. Lo que había cambiado era la palabra interior humana. Los símbolos del arte con los que se manifiesta esta palabra interior, empezaron a expresar una belleza nueva que no consistía en el dibujo –un pez, un ánora–, sino en lo que significaban estos dibujos grabados en piedra o llevados al mosaico.

La fe cristiana empezó a manifestarse arrolladoramente en kilómetros de paredes subterráneas en todo el Imperio. Posiblemente también en las paredes de villas campestres, como podemos ver en la *domus-ecclesiae* de Dura Europos. Desde estos primeros momentos quedaron plasmadas las ideas y creencias fundamentales de aquellas comunidades. El arte cristiano expresó la nueva fe con absoluta normalidad.

Siguiendo las mismas pautas de transmisión de ideas a través del arte que se empleaba en su medio cultural, es interesante observar sus significados: unos son claramente de liturgia cristiana –como las escenas de la eucaristía y el bautismo– otros de costumbres funerarias en la sociedad romana, como la comida de hermandad. Otros –entrañables y repetidos– de actitudes de oración como los llamados orantes. Hay símbolos teológicos abstractos, como el Crismón o el pez. Pero estos símbolos abstractos no eran una novedad como sistema expresivo pues fueron de uso corriente en aquella sociedad, como los nudos, los lábaros o las insignias del ejército.

Las escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento están cuidadosamente seleccionadas. Nada de esto era extraño, ya que representar escenas rituales o corporativas era también algo común, como puede verse claramente en las pinturas parietales de Pompeya. Pero debemos destacar las escenas que hacen referencia a la enseñanza como la Anunciación a María que recibe la palabra de Dios y María sentada como maestra que la transmite presentando a Jesús sobre sus rodillas, así como la propia imagen de Jesús Maestro. Y las escenas que representan tanto a los apóstoles–maestros (Pedro y Pablo), como a los destinatarios de esta enseñanza, la propia comunidad cristiana romana.

Curiosamente, ésta se representa a sí misma como la comunidad de los gentiles que han sido llamados a la fe en Jesús: de ahí proviene la insistente repetición de los Reyes Magos con sus atuendos mitraicos –eran gentiles que se acercaron a manifestar su fe en Jesús– y la selección que se hace de los profetas del A.T. Se eligen unos profetas que hubieran pasado desapercibidos si no hubiera sido porque fueron llamados a predicar a los gentiles, como Balaam y Jonás. El primer arte cristiano refleja claramente la conciencia de haber recibido una palabra iluminadora desde fuera de sus fronteras culturales o filosóficas.

Esto pone en evidencia el sentido misionero de la palabra de Jesús. Entre las muchas escenas que se pueden representar sobre la vida de Jesús, es significativo que aparezca Jesús dialogando con la mujer samaritana junto al brocal del pozo.

Todo esto indica una conciencia muy peculiar de la sociedad cristiana y que se expresa en el primer arte cristiano. Si a estas escenas sumamos las escenas de los grupos corporativos cristianos que se enterraban en sus capillas y las adornaban con escenas de sus oficios gremiales (artesanos, toneleros, albañiles constructores, etc.), tendremos una radiografía sociológica significativa: el arte cristiano reflejó la vida tal y como la vivían aquellos hombres y mujeres, y la fe que cambió su vida. Y proyectó los planos profundos de su nueva conciencia mediante símbolos y lenguajes culturales en un arte, el de las catacumbas, que parece simple e ingenuo. Pero que, sin embargo, está reflejando una nueva realidad humana extraordinariamente compleja.

La nueva vida cristiana empezó a cambiar la interpretación del arte, porque esa vida consistía en una visión transfigurada del mundo. Esto tomó tal carta de naturaleza, que los habituales dibujos ornamentales de plantas y animales que inundaban las casas romanas, por ejemplo, empezaron a reflejar el orden sagrado de la naturaleza. Los niños con espigas y vides fueron la eucaristía y el nacimiento a una nueva vida y las guirnaldas de flores fueron la alegría del jardín del Paraíso, como puede verse en los sarcófagos constantinianos de los Museos Vaticanos, o en el Mausoleo de Gala Placidia en Ravena y en Santa Constanza en Roma. Las ovejas –animal del sacrificio– representaron a los cristianos desde el entrañable punto de vista de Jesús Pastor, etc. El símbolo transmitido por la belleza de las formas y magnificado por la belleza de los significados, entró con una fuerza hasta entonces desconocida. Nunca antes se había conocido un arte tan rico en conceptos con elementos tan simples ni tan duraderos en la historia del arte.

Es cierto que el arte griego transmitió con fuerza muchas tensiones intelectuales, pero sus símbolos se fueron elaborando durante más de trescientos años a medida que la mente humana iba superando el miedo a lo desconocido y empezaba a razonar con independencia sobre la naturaleza profunda de la naturaleza. El arte cristiano acabaría apoyándose en las estructu-

ras intelectuales grecorromanas del arte como armonía entre la naturaleza conocida y la naturaleza desconocida del hombre.

Terminemos estos párrafos con dos ideas. La representación de varias escenas seguidas contando una historia, era un recurso habitual en la estética romana. No hace falta más que ver la Columna de Trajano en Roma. Pero, aparte de su extraordinario valor descriptivo, sus significados eran simples: el poder de Roma. Cuando el arte cristiano se expresa a través de escenas concatenadas, lo hace por una necesidad imperiosa: visualizar su fe con todas las complejidades intelectuales, afectivas y simbólicas que conlleva la visualización de la teología. La colección vaticana de sarcófagos paleocristianos del siglo IV es una buena muestra de ello aunque ahora no podamos desarrollarlo. Esta necesaria proyección cristiana de la palabra simbólica hecha arte, marcó todo el desarrollo del arte posterior hasta nuestros días, sea un arte religioso o no. El arte contemporáneo busca interpretar la vida con el mismo afán con el que los impresionistas buscaban interpretar la luz.

La otra reflexión es sobre el modelo arquitectónico de los siglos IV-V. Las basílicas romanas eran los edificios civiles por excelencia, el lugar de la administración de la justicia y el lugar de los pactos y del equilibrio social. El concepto y el propio nombre de Basílica –la sede del “basileus”– era sagrado. Pues bien: su nombre y su concepto fueron transferidos a los primeros templos cristianos, acabada ya la etapa de los domicilios particulares o de los subterráneos. Toda una declaración de intenciones que patentizaba la revolución moral y ética que se había producido en la sociedad. El nuevo modelo de templo respondía a la vitalidad de las conciencias individuales cristianas que, como toda conciencia humana, necesitaba crear nuevas formas.

El símbolo de la nueva palabra cristiana y profunda del hombre, se hizo una realidad social. Este símbolo se expresó en la arquitectura y revolucionó el urbanismo y los sistemas de vida. La plaza pública de nuestras ciudades existe porque existieron las basílicas, posteriormente las iglesias o los monasterios. No en vano las basílicas cristianas que poblaron todo el Occidente, fueron los primeros templos de la humanidad en los que entró la luz solar. Santa Sofía de Constantinopla, cuyo nombre significa “Conocimiento de lo Santo”, fue un ejemplo grandioso. Y

con la luz solar, entraron todos los fieles de la comunidad buscando y encontrándose en la luz. Los símbolos son evidentes y la liturgia lo manifiesta.

Los grandiosos templos anteriores, griegos o romanos, tenían otros significados –a veces profundos–, pero no eran la casa luminosa de una comunidad en la fe. Su perpetua oscuridad era la morada exclusiva y excluyente de un dios que no habitaba en su alma. Solo dominaba sobre sus vidas. La basílica cristiana se convirtió en la sede de la ética personal y del equilibrio social, y representó al mismo tiempo el símbolo de la palabra existencial religiosa del hombre.

Este breve recorrido sobre los primeros pasos de la fe cristiana en el arte, evidencia el poder de la fe en Jesús cuando se hace palabra humana, es decir, cuando entra en la esencia insondable de la estructura vital del hombre a la que aludíamos en la primera parte de este artículo. El influjo que ha tenido en el desarrollo de la cultura occidental ha sido tan profundo como extensivo a todas las manifestaciones del espíritu. Basta hacer un recorrido por toda la historia del arte y de la civilización humana. Pongamos para terminar un solo ejemplo de lo que significó este impulso creador del hombre.

De todos es conocida la llamada Sala de la Signatura, una de las joyas de los Museos Vaticanos y de toda la historia del arte. Fue el despacho y biblioteca privados de Julio II, gobernante polémico, enérgico, austero, culto y amante del arte. En 1509 encargó la decoración de sus aposentos a un joven Rafael Sanzio. El programa decorativo hecho bajo la supervisión del Papa, respondía a uno de los proyectos intelectuales más ambiciosos de la historia y Rafael lo llevó a la práctica en sus conocidas pinturas de La Escuela de Atenas, La Disputa del Sacramento, Las Virtudes y el Parnaso. La pintura del techo representa unas minuciosas escenas en los cuatro campos en que se divide a partir de cuatro esferas con imágenes simbólicas pintadas. En el centro de las cuales se abre un óculo con representación del aire libre y ángeles niños. Todo es símbolo. El suelo, en el que nadie repara, repite en su geometría las mismas líneas y compartimentos que el techo.

En realidad este proyecto decorativo desarrolla simultáneamente la tesis metafísica más importante desde Aristóteles, una visión moral de la historia de la civilización cristiana, el proyec-

to de acción papal en las tensiones políticas y religiosas de su reinado, la exposición teológica de la fe católica, la armonía del conocimiento humano y la síntesis neoplatónica de la experiencia trascendente del mundo. El genio de este arte netamente cristiano se organiza sobre el esquema de la tesis aludida, *ens est unum, verum, bonum et pulchrum*. Y esto es lo que representan las pinturas. El pavimento sobre el que pisa el hombre en esa habitación, es su realidad física y tiene un esquema geométrico idéntico al del mundo superior. Las pinturas de las paredes reflejan sus aspiraciones, la mecánica de su pensamiento hasta elevarse a las ideas universales, que a su vez reflejan la infinitud que anida en lo oscuro de su mente aquí abajo.

Puede parecer extraño debido a la acumulación simultánea de significados. Pero en aquellos momentos era el brillante final de una larga trayectoria que inició la vitalidad cristiana cuando hizo que todos los esquemas expresivos del hombre fueran desarrollando toda la amplitud de su conciencia. Todo cuanto ha venido después al vaivén de la historia, ha sido asimilación, variaciones para acomodarse a los nuevos tiempos o rechazos hacia esta cosmovisión creativa de la totalidad del mundo interior o exterior que significa la fe religiosa.

El problema del arte cristiano de hoy y de todos los tiempos, consiste en expresar esa vitalidad de la fe que organiza y define el sentido de la vida. Y esto es difícil en estos tiempos actuales que un filósofo contemporáneo acaba de definir, no como una época de cambio, sino como un cambio de época. En lo que se refiere a los escenarios sociales y políticos del mundo posiblemente sea así y estemos no ante una variación más o menos brusca, sino ante una inédita experiencia humana en un contexto nunca experimentado. En cualquier caso, el arte siempre será la expresión de la belleza como el necesario camino para asir y experimentar los planos profundos de este misterio que es vivir para morir. Y la fe cristiana, sea cual sea la época, nos hace experimentar esta conciencia vital del existir concreto que somos. Mientras haya fe cristiana habrá belleza y esta se expresará en el arte. La verdadera responsabilidad está siempre en vivir. La belleza y su expresión en el arte vendrán entonces con la misma naturalidad con la que se desliza la vida.